

DR. IGNACIO GONZALEZ GINOUES:
EN EL 43º ANIVERSARIO
DE LA FUNDACION DE LA UNI-
VERSIDAD DE CONCEPCION¹

No PUEDO ocultar la emoción que me invade al dirigirme a Uds., por primera vez en un acto académico, como Rector de este plantel.

Hay posiciones, señores, a las cuales uno nunca aspira o nunca piensa llegar porque o están lejos de sus intenciones o lo están de su capacidad.

Haciéndoles una confesión muy personal, puedo manifestarles que las ambiciones de mi vida han sido mucho mayores que las de alcanzar alguna situación: han sido las de trabajar y hacerme digno de las que me depare el destino, no porque yo las busque, sino porque me las atribuyen los que deben otorgarlas.

La Rectoría de esta Universidad estaba lejos de mis intenciones, porque tenía orientada mi vida en un sentido diferente, y porque, considerándola, como la considero, una de las tareas más delicadas, responsables y enaltecedoras que pueden entregarse a un hombre, jamás pude pensar merecerla.

No les extrañe, entonces, mi emoción de esta tarde, al hablar desde una tribuna honrada y prestigiada por la inmensa personalidad de don Enrique Molina, y tan brillantemente ocupada por mi inmediato antecesor, don David Stitchkin, y al sentir la realidad plena de esta Rectoría, cuya dimensión todavía no alcanzo a apreciar, pero que pone en mí una responsabilidad enorme:

¹Discurso pronunciado con motivo de conmemorarse el 43º aniversario de la Universidad de Concepción, el 14 de mayo.

Aun cuando este número de

Atenea corresponde al trimestre enero-marzo de 1962, la impresión definitiva de la Revista se hizo con posterioridad al día evocado en el presente discurso. (N. de la D.).

oportunidad y desafío que la vida, para colmar los trabajos que hasta ahora me ha dado, ha puesto en mi camino.

Bien podéis comprender mi duda y mi angustia. Y bien podéis, también, comprender lo mucho que espero de todos y de cada uno de vosotros, profesores, personal docente en general, personal administrativo y alumnos, en forma de colaboración para que encaucemos por recto y elevado camino la vida de este plantel.

Sean éstas, mis primeras palabras, en consecuencia, la repetición de lo que he manifestado a través de entrevistas y conversaciones desde el momento en que fui elegido: la Universidad es y vale lo que de ella sepan hacer y obtener sus docentes y sus alumnos; o en otros términos, una invitación a que realicemos abnegadamente y con agrado cada uno lo que le corresponde.

Este acto nos congrega para celebrar el Día de la Universidad. Aunque la fecha no es exacta, como vamos a ver más adelante, razones de diversa índole han obligado a trasladar esta celebración a la primera quincena del mes de mayo. Se entregan, además, en esta oportunidad los Premios Universidad, que son los de mayor relieve que otorga la Institución.

En esta ocasión, empero, hemos querido agregar algo más a la tabla: la entrega de sus diplomas de Miembros Honorarios del plantel a dos distinguidos educadores que han puesto término a esta parte más activa de su labor; un saludo a los nuevos docentes recientemente incorporados a la vida universitaria, y, por último, un tributo de recuerdo a aquellos que partieron.

En todas las instituciones y en todos los siglos se ha premiado como un estímulo y un ejemplo, el talento, la perseverancia, la capacidad. Entre nosotros, los premios cayeron un tiempo en desuso; y tengo la impresión de que aun cuando han renacido, no reciben de parte de los jóvenes toda la consideración que merecen.

La Universidad, gracias a la iniciativa de sus altos cuerpos directivos, los ha creado para premiar a los alumnos que en una u otra forma se han destacado a lo largo de sus estudios.

Al recibirlos, señores agraciados, recordad que ellos son un reconocimiento a vuestra capacidad y al esfuerzo que habéis demostrado. Adquirís, entonces, una responsabilidad y un compromiso: la responsabilidad que impone la confianza que en vosotros se ha depositado, y el compromiso de honrarlos y de mantener esta dignidad a lo largo de vuestra vida personal y profesional.

Os felicito, señores, muy cordialmente, a todos y cada uno por el éxito obtenido, y deseo que la satisfacción que en este momento sienten vuestros corazones, se transforme en fuerza poderosa que los impulse a ser cada día mejores.

Premiar servicios rendidos a una institución puede ser una rutina. Pero cuando éstos han sido abnegados, brillantes y fructíferos, esa formalidad se transforma en un deber de gratitud. Por eso la Universidad ha querido agregar al premio que significa la mención de estos hechos, el otorgamiento de la calidad de Miembros Honorarios a las personas que hoy abandonan el sitio del maestro. Así, ellos sabrán que un derecho les une todavía y para siempre a esta Casa, a su casa; y así también la Universidad seguirá considerándolos suyos y sintiéndolos cerca.

La docencia es, en toda profesión, una actividad de selección que implica la posesión de facultades y de intereses no usuales ni corrientes. Nuestra Universidad tiene la suerte de incorporar año a año, a las filas de sus profesores, a un grupo selecto de individuos que se han destacado en el campo de sus personales actividades. Les damos la bienvenida y celebramos su incorporación al Claustro Universitario.

Recordamos por último, señores, a algunos miembros de nuestro cuerpo docente, que han partido para siempre. Los hay que dieron todo a la Universidad durante largos años, y los hay que eran toda una promesa. Perdimos en el último año a los dos últimos profesores fundadores de la Universidad: don Humberto Vergara tomó a su cargo en el año 1919 las clases de física de las Escuelas recién formadas, y desde entonces, hasta 1956, continuó siendo el profesor del ramo en las Escuelas de Medicina y Farmacia. Don Salvador Galves fue profesor de química, Director de las Escuelas de Medicina e Ingeniería y Director de la Universidad durante varios períodos. Y hemos perdido también, hace poco, en un accidente trágico, a dos jóvenes recién incorporados a los estudios.

La Universidad rinde a todos ellos el homenaje de su recuerdo agradecido.

*
* *
*

“La Universidad penquista no nació como órgano del Estado” ni a la sombra de la Iglesia ni por obra de la munificencia de algún millonario. No debió tampoco su vida, al caso de la Uni-

” versidad de París, a la organización espontánea de profesores y
” estudiantes unidos en el propósito común de cultivar y exten-
” der sus conocimientos. Vino a la existencia para satisfacer un
” anhelo sentido en esta ciudad desde los últimos decenios del
” ochocientos. Conmemoramos así la materialización de un largo
” ensueño. A un cuarto de siglo de aspiraciones que no lograba
” tomar forma ha seguido otro cuarto de siglo de realidades, que
” ya se pueden llamar hermosas. Hace veintisiete años se organizó
” un Comité con el lema “Pro Universidad y Hospital Clínico de
” Concepción”. Una y otro existen en estos momentos. A su cuna
” modesta debe nuestra Universidad el poder vanagloriarse de los
” rasgos de independencia que resultan de no hallarse ligada ni
” por lazos oficiales ni confesionales ni por las miras interesadas
” de algún potentado. Su libertad no tiene más límites que los
” naturalmente impuestos por las necesidades del servicio social
” a que se consagra y por las prescripciones del Estado Docente
” que impera en nuestro país. Significa también desde su origen
” un gesto de descentralización. En Chile nadie es teóricamente
” partidario del centralismo, pero cuantos pueden se van al cen-
” tro para combatirlo desde allá.

”La Universidad de Concepción es un hecho en favor de estas
” aspiraciones descentralizadoras.”

Así se expresaba don Enrique Molina, con ocasión de la celebra-
ción del vigesimoquinto aniversario de la Universidad de
Concepción, en 1944.

El 23 de marzo de 1917, a las 6 de la tarde, un grupo de per-
sonas de la más variada condición se reunió en el Salón del Pala-
cio Consistorial de Concepción, para formar un “Comité pro Uni-
versidad y Hospital Clínico”. Aun cuando muchas ilusiones bu-
llían en la mente de aquellos hombres, estoy seguro de que nin-
guno de ellos se imaginó jamás lo que 43 años después llegaría
a ser la Universidad que iban a crear.

Esta reunión constituye la fecha de nacimiento de la Univer-
sidad de Concepción. Pero, como en todo nacimiento, un largo
período de gestación lo había precedido. En discretos cenáculos,
en corrillos de club, en la tertulia familiar, la idea que actuali-
zara el Dr. Virgilio Gómez había ido ganando adeptos. La re-
unión de aquel día de marzo era la cosecha. Los que allí se re-
unieron fueron los ilusos, los entusiastas, los optimistas.

De este grupo resultó un Comité, el “Comité pro Universidad
y Hospital Clínico de Concepción”, cuyo presidente fue don En-

rique Molina, Rector del Liceo de Concepción, llegado un par de años antes a la ciudad, y educador ya de gran prestigio; vicepresidentes fueron el Dr. Virginio Gómez y don Esteban S. Iturra.

Pero entre nacer y ser hay todavía muchas dificultades que vencer, mucho que aprender, mucho que esforzarse y mucho que caer y levantarse. Dos años transcurrieron en gestiones y esfuerzos que no escatimaron los miembros de aquel grupo; y en marzo de 1919 la Universidad empezaba a ser, con las Escuelas de Química Industrial (hoy Ingeniería Química), de Farmacia, de Odontología y de Pedagogía en Inglés. Cinco años después, a ellas se agregaba la de Medicina.

No voy a entrar en los detalles de la historia vivida y sentida en estos 43 años. Pero cuánto esfuerzo, cuántas tribulaciones, cuántas angustias, cuánta buena voluntad y cuánta generosidad se necesitaron para vencer aquello —que era TODO en el más amplio sentido de la palabra— que, con su inercia, con su indiferencia, dificultaba o se oponía al crecimiento y al progreso.

Los que en aquellos años estudiaron recuerdan la pobreza de los comienzos; la insignificancia de los medios, la crudeza de los elementos, el titubeo de los noveles profesores. Pero recuerdan, también, su propio entusiasmo, su mística, como diríamos ahora, que les dio fuerza y fe para sobreponerse a la condición en extremo precaria de los elementos de estudio y para llevar adelante sus aspiraciones.

Tampoco voy a recordar los afanes cuando las necesidades se multiplicaron porque la juventud quería estudiar en número creciente y las ayudas económicas no alcanzaban para las necesidades más premiosas. Cuando la indiferencia gubernamental amenazaba con dejar morir esta iniciativa, que no había tenido otro pecado que el de haber nacido lejos de Santiago.

Tampoco voy a recordar la idea luminosa de la Lotería y las gestiones para defenderla de otras instituciones que la reclamaban para sí o que querían compartir sus entradas. Recuerdo, porque lo viví muy de cerca, la consternación, mezcla de ira e impotencia, cuando un gobierno de triste recuerdo ordenó el cierre de la Lotería; y las gestiones y los peregrinajes a Santiago para lograr obtener el permiso para que volviera a funcionar.

Pero, repito, todo esto es historia, que algún día habrá de escribirse, porque es bueno que se sepa cuánto costó crearlo; cuánto esfuerzo, cuánta ilusión, cuánta fe y cuánta abnegación hay en

todo lo que Uds., jóvenes, hoy aprovechan, porque se les entrega con singular generosidad.

Se llamó "Comité pro Universidad y Hospital Clínico". No comprendí exactamente el porqué de esta asociación tan curiosa, hasta el día en que el mismo Dr. Gómez me lo explicó: "Teníamos gran fe en el valor industrial de esta zona", me dijo textualmente, "y nos parecía que para desarrollarlo y aprovecharlo, había necesidad de atacar el problema desde dos aspectos: el primero era investigar las riquezas existentes y preparar a los hombres capaces de explotárselas; el segundo, estudiar la salud de la población y sus problemas sanitarios, con el objeto de mejorarlas y asegurar un potencial humano sano, fuerte e instruido para los fines antes propuestos".

Pero los tiempos no estaban todavía maduros para tales planes y, además, había otras necesidades más urgentes e inmediatas. El país no tenía concepto claro de su futuro económico; pero lo tenía, sí, porque el problema empezaba a hacerse evidente, de que faltaban médicos, de que faltaban dentistas, de que faltaban farmacéuticos y pedagogos. Y la Universidad se orientó hacia la satisfacción de estas necesidades, conservando como símbolo de la primitiva idea la Escuela de Química Industrial. Y resulta curioso que de este germen, que permaneció precario por tantos años, se haya desarrollado por fin, cuando las circunstancias lo hicieron propicio y nuestro desarrollo industrial necesario, la actual Facultad de Ingeniería, y quién sabe si las de Agronomía y de Ciencias Políticas y de Administración que son, como Uds. bien saben, nuestra contribución al potencial económico del país y de la zona.

Pero cabe preguntarse por qué nació la Universidad de Concepción; por qué se aferró a la vida con tanto tesón; por qué ha crecido y prosperado en una forma que sorprende a los que estamos acostumbrados a ver cómo son las cosas de nuestra tierra. Aunque apreciemos generosamente el esfuerzo y el desprendimiento de aquellos hombres que la fundaron, no creo que eso solo explique el fenómeno. Pesó, además, la fuerza y el anhelo público; si esa idea no hubiera respondido a una necesidad, si no hubiera respondido a un deseo que estaba en el ambiente, no creo que hubiera ella resistido todo lo que resistió.

A mi parecer, aquellos hombres sintieron o presintieron las primeras manifestaciones de esta marea escolar que conmueve a Chile.

Toda la organización escolar chilena comenzaba ya en 1917 a hacerse estrecha: las escuelas tenían problemas por su cabida reducida; el Liceo de Concepción, si no el único, el de más prestigio desde Temuco hasta Talca, comenzaba a tener plétora de estudiantes; la Universidad de Chile recibía en el primer año de su Escuela de Medicina entre 300 y 400 alumnos, de los cuales no más de 90 deberían pasar al 2º año. Y lo mismo sucedía en las demás Facultades y aun en el Curso de Leyes, que aquella Universidad tenía en Concepción.

En el sur del país innumerables jóvenes se quedaban sin posibilidad de continuar sus estudios, porque no disponían de medios económicos para trasladarse a Santiago o, simplemente, porque no cabían en aquellos cursos de matrícula atestada.

Inútil me parece poner en evidencia este problema ante un auditorio tan bien informado como el que me escucha. No resisto, sin embargo, al deseo de hacer algunas consideraciones sobre su magnitud y su trascendental significado para el futuro del país.

Sin un pueblo instruido no hay desarrollo económico posible. Hay un paralelismo estricto entre el analfabetismo de un país y el grado de su desarrollo industrial y de su progreso técnico. Una élite sabia y culta no pasará de ser un grupo dominante y explotador si el resto de la población no participa del progreso y del desarrollo y de la riqueza del país, por medio de la instrucción, del saber y de la cultura.

El desequilibrio en la instrucción de un país, la existencia de grupos altamente instruidos y de masas analfabetas, agrava el proceso y paraliza su desarrollo, amenazando su estabilidad social y económica.

La expansión escolar, que comenzó en el año 1920 en Chile, no ha sido comprendida, desgraciadamente, en toda su magnitud y trascendencia; y esta ceguera o esta indiferencia no sólo ha tenido como consecuencia la paralización o la frustración de nuestro desarrollo, sino que ha llevado las cosas a un punto tal que compromete nuestro prestigio de país occidental y civilizado y nos pone ante la necesidad de buscar remedios heroicos para no perderlo; nos obliga a colocarnos en estado de emergencia si queremos recuperar el tiempo perdido y la distancia que nos separa de aquellos pueblos que supieron comprender los anhelos y deseos de educación, de instrucción, de cultura de los hombres de este siglo.

La educación es sólo uno de los factores del desarrollo econó-

mico. Pero es indudable que en la etapa en que nosotros estamos, este solo factor, por su gravitación negativa, constituye la más seria causa de nuestro atraso. Es por eso alarmante que nuestros hombres no hayan previsto las necesidades, y es significativo que las sociedades más industrializadas y avanzadas, como consecuencia de su "democratización fundamental", de su tecnificación y de la necesidad de expandir su capacidad productiva, por el contrario, tengan una mayor conciencia de la importancia de la instrucción.

Mientras países como Gran Bretaña, Israel, Japón, los Estados Unidos, la Unión Soviética y otros, han prolongado la instrucción obligatoria hasta los 16 ó 18 años, nosotros no logramos eliminar de nuestro suelo el analfabetismo de un 20% de nuestros ciudadanos y el analfabetismo práctico de un 20% más.

Mientras la deserción escolar en los países de Europa y en los Estados Unidos es prácticamente inexistente, entre nosotros la escolaridad media no sube de dos años.

La mayoría de los pocos jóvenes que logran terminar su educación primaria continúa sus estudios secundarios. Pero a lo largo de los seis años de humanidades, deserta aproximadamente el 76%. El saldo constituye una cifra que, en números redondos, fue el año pasado de unos 12.000 jóvenes de ambos sexos; de los cuales 10.000 se presentaron a las pruebas de bachillerato y 4.000 lograron aprobarlas; de éstos, unos 2.500 pudieron ingresar a la Universidad. Esta cifra significa que el 0,9% de los jóvenes chilenos tienen el privilegio de hacer estudios superiores.

Pero si este cuadro no tuviera todavía suficientes pinceladas oscuras, he aquí un toque final: de 100 jóvenes que ingresan a la Universidad, 48 desertan a lo largo de los estudios.

Mucho se ha discutido entre nosotros, año a año, sobre el valor y conveniencia de mantener el Bachillerato en Humanidades. Personalmente, la controversia me recuerda la fábula de si son galgos o podencos: porque detenerse a considerar exclusivamente el valor de una prueba porque fracasa el 60% de los que se presentan a darla, y culparla de todos los males, sin darse cuenta de que ella es precisamente el reactivo que demuestra la existencia de una enfermedad, me parece fuera de toda actitud sensata y objetiva.

Doña Irma Salas y don Egidio Orellana hicieron hace tres años un estudio de la enseñanza de las asignaturas científicas en algunos liceos de Santiago y provincias. Este estudio es demostrativo de lo que sucede en el resto de la educación secundaria. Ve-

mos algunas de sus cifras. Dice: "Sólo un tercio de los Liceos tiene un 50% o más de profesores titulados. El 43% de los profesores de matemáticas y física no es titulado ni egresado: son normalistas, bachilleres o licenciados de educación secundaria, que se afician a la docencia. En biología y química la cifra de profesores idóneos alcanza al 70%".

Del estudio se desprende también que, dadas las condiciones en que se imparte la enseñanza secundaria, el profesor logra desarrollar en el año no más de un 70% de la materia del programa, y el alumno logra captar sólo una fracción de este porcentaje; que los programas incluyen un exceso de materias; que no contienen indicaciones acerca de las materias básicas que es indispensable desarrollar; que no contienen indicaciones metodológicas ni clara formulación de objetivos; que su contenido no siempre corresponde al estado actual de la ciencia; que no atienden a las necesidades de los alumnos que aspiran a ingresar a la Universidad.

Pero, aparte de estos defectos, ¿qué perspectivas, qué posibilidades, qué alternativas ofrece nuestra educación a los jóvenes?: En el nivel primario, sólo la posibilidad de ingresar, al cabo del tercer año, a alguna de las pocas Escuelas Industriales que existen en el país, incluyendo entre éstas las de Pesca. Al término de la escuela primaria, el Liceo, los Institutos Comerciales, las Escuelas Normales y algunas Escuelas de tipo Industrial y Agrícola. Durante el curso de las humanidades, la posibilidad de ingresar a la Escuela Naval, a la Militar, a la de Aviación o a la de Carabineros. Y por último, al finalizar su 6º año, algunas de las Universidades, para seguir cualquiera de las diez o doce escuelas profesionales que éstas ofrecen en sus dos niveles.

No es de extrañar, entonces, que la enorme mayoría de los jóvenes, encajonados en el curso del liceo, llegue a pesar suyo, aunque no tenga vocación o interés, a las puertas de la Universidad. Y como el liceo, por la confusión en que se debate, no les ha enseñado a ganarse su vida y los ha formado en la convicción de que sólo la Universidad es la meta, el 80% de jóvenes que no logran ser aceptados, forma una falange de gente frustrada, desengañada, que se siente incomprendida y traicionada.

Nuestra educación resulta, así, antidemocrática, porque no llega a todos y porque discrimina en contra de los que no tienen ni medios, ni cultura familiar, ni facilidades, ni suerte, ni estímulo para asistir a la escuela o para perseverar en ella.

Nadie puede negar que en los últimos 20 ó 30 años se ha pro-

gresado en materia de educación en nuestro país: ha aumentado el presupuesto de educación; se están renovando las viejas escuelas y liceos y creando nuevos; se han materializado algunas iniciativas en orden a crear nuevos oficios o nuevas carreras; se comienzan a desarrollar profesiones de nivel intermedio. Pero es también indudable que todo esto no es suficiente para que recuperemos la distancia que nos separa de los países más desarrollados; o para, siquiera, abastecer las demandas crecientes de la inundación demográfica que estamos viviendo.

Chile tiene actualmente 7.635.000 habitantes. Se calcula que en 1970 tendrá dos millones más.

Actualmente, hay 1.900.000 niños entre los 5 y los 14 años de edad, de los cuales sólo 1.178.000 logra acceso a la escuela primaria. En 1970, el número será de 2.300.000.

Los niños entre 15 y 19 años son hoy día unos 760.000; en 1970 será 1 millón.

Y los jóvenes en edad universitaria, que hoy día son 600.000, serán en 1970 unos 850.000.

¿Estamos preparándonos para dar a esos dos millones de chilenos que van a nacer entre hoy y 1970, los medios y las oportunidades que necesitan? ¿O los vamos a condenar a mendigar puestos públicos o a un proletariado sin luces y sin destino?

Es una tremenda interrogante cuya respuesta tenemos que darla nosotros, los hombres de esta generación; los hombres que tenemos alguna ingerencia en los asuntos públicos, sea por nuestra posición, sea por nuestra cultura, sea, siquiera, porque hemos tenido el privilegio de ser universitarios.

Pero hay cosas más graves todavía. 150 años atrás, la población de cualquier país del mundo estaba constituida en un 85% por trabajadores agrícolas; un 5% de obreros industriales o artesanos, y no más de un 10 a 12% de empleados o profesionales.

Hace 50 años, es decir cuando tenía casi un siglo la revolución industrial, las cosas habían cambiado sustancialmente, y la población agrícola constituía un 45%, la industrial un 30%, y la de empleados y profesionales, 25%.

Hoy, el maquinismo y la tecnificación han impuesto un nuevo cambio: siguen disminuyendo proporcionalmente los agricultores, que no pasan de un 20% en los países industrializados; comienzan a disminuir relativamente los obreros y artesanos de la industria; y, en cambio, el llamado "sector terciario", constituido por los empleados, por los empresarios, por los artistas, por los

profesionales, por los comerciantes y por los directores y técnicos de industria, va llegando gradualmente al 50%.

Todo esto significa una reducción de los empleados manuales y un aumento equivalente de aquellos en que el componente intelectual es mayor. Y significa, también, que en estos años que vivimos, el iletrado o el semiletrado, no tiene cabida ni destino. Es, aunque la sociedad no quiera reconocerlo, un paria, porque el maquinismo y la automatización lo transforman en moneda devaluada.

¿Qué cambios impone todo esto a la educación? Sencillamente que ya la alfabetización, ideal romántico que todavía se pega como una flor marchita en la solapa de algunos educadores, quedó muy atrás como respuesta. Que aquel ideal de antaño fue sobrepasado por el progreso que requiere hombres que no sólo sepan leer y escribir, sino que tengan conocimientos, desarrollo mental y cultura básica para desempeñarse en un mundo en que la mano debe estar dirigida por una mente ilustrada, alerta, desarrollada por la educación.

No es, señores, por simple sensacionalismo que os digo estas cosas esta noche. Las repito o las recuerdo, porque, investido como estoy de responsabilidad educativa y justamente alarmado como chileno por las proyecciones gravísimas que para nuestra patria tienen estos hechos, creo que es necesario, urgente, reaccionar con decisión e imaginación para torcer un curso que nos conduce al estancamiento o a la desilusión.

En medio de este cuadro, nuestra Universidad hace esfuerzos denodados por mantener su nivel, por paliar algunos defectos; pero, ¡ay!, no siempre lo consigue; y lo que obtiene es a base de esfuerzos que, si pudieran economizarse, le permitirían crecer más en aspectos esenciales.

He dicho que de los 4.000 bachilleres, la Universidad sólo puede recibir un número no superior a 2.500, con indudable compromiso de los 1.800 ó 2.000 que es su capacidad normal. Si a esto agregamos que faltan en el país profesionales de diferentes ramas, tendremos una demostración palmaria de que estamos cortos en oportunidades universitarias.

De los alumnos que ingresan a la Universidad, 48 de cada 100 desertan en algún momento en el curso de sus estudios por razones variadas. ¿Cuál es el destino de estos hombres? ¿Les sirve de algo práctico su sacrificio y el de sus padres para mantenerlos uno, dos o tres infructuosos años en la Universidad? ¿Cuánto cuestan a la Universidad estas tentativas frustradas?

Acabo de leer un interesante informe sobre lo que sucede en este preciso aspecto en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile. Su autor, el Director de la Escuela, don Euclides Guzmán, aborda el problema con extraordinaria sinceridad y objetividad. Alterando un poco las cifras, porque el nivel de deserción y de fracasos varía entre una y otra Escuela, las conclusiones del señor Guzmán podrían aplicarse a toda la Universidad. He aquí algunos de sus comentarios: "Comenzando la enseñanza con un Primer Año de 131 alumnos (promedio anual de los siete últimos años), hemos titulado en este lapso un promedio de 28 arquitectos por año. Lo que significa que casi un 80%, más exactamente un 78,7% de estudiantes se pierde en el camino". "Hemos revisado la hoja de estudios de varios de los casos de alumnos perdidos, donde aparece casi siempre con claridad el aspecto de su personalidad que podría haberse destacado si le hubiésemos ofrecido una oportunidad diferente". Y más adelante concluye: "El único camino sensato que vemos, en el orden general, es comenzar a formar opinión en el sentido de que cualquier plan nacional de desarrollo tiene que estar complementado con una adecuada inversión en la ampliación de nuestras posibilidades educacionales. Y como ellas han estado postergadas por mucho tiempo, su desarrollo tendría que ser ahora particularmente considerable."



He dicho hace algunos días a un periodista que, a mi parecer, mirando las cosas desde un punto de vista pragmático, las Universidades son, en cada tiempo y en cada lugar, lo que el medio, la comunidad a que sirven y los elementos de que disponen, les permiten ser. Esta declaración no significa sino el reconocimiento de un hecho; de ninguna manera la aceptación de este hecho como una cosa deseable.

Las Universidades han sido tradicionalmente centros de altos estudios y de difusión y avance de la cultura. Fue precisamente por su relación con la filosofía, las matemáticas, la astronomía y la retórica, por lo que la medicina y las leyes se comenzaron a enseñar en las Universidades medievales. Porque se referían a los hombres y tomaban al hombre como centro de su preocupación, se llamaron aquellas "Ciencias Humanas".

El despertar científico del siglo XVIII, que se inició en disciplinas que hasta entonces no habían ocupado un primer plano dentro de las Universidades, dio a las ciencias de la naturaleza un desarrollo inusitado, con detrimento relativo de las antiguas ciencias humanas, tanto en el aspecto formal como educativo. De allí nació el antagonismo entre ciencias y humanidades, que sólo se empieza a superar ahora, cuando las ciencias han perdido su arrogancia y tratan de humanizarse, y cuando una tercera potencia, más avasalladora aun de lo que fue la ciencia frente a las humanidades, quiere compartir su lugar: la Técnica.

No pretendo interpretar la evolución, pero me atrevería a sugerir que, así como la universidad humanista clásica miró por muchos años con desconfianza a las ciencias y hubiera querido relegarlas a otro plano de subalterna importancia, así también la universidad humanista y científica, que fue la síntesis de aquella lucha, mira hoy día con desconfianza y querría colocar en posición extrauniversitaria a la Técnica como afán educativo.

Por eso mismo resulta difícil discurrir sobre el tema a sabiendas de que lo que hoy aceptamos como principios seguros y respetables, guiados como estamos por nuestra educación, nuestros gustos y nuestros prejuicios, mañana habrá de ser superado en una síntesis feliz.

Pero el problema, ahora, no es sólo cualitativo sino también, y quién sabe si principalmente, cuantitativo: no es cuestión de si se enseña humanidades, ciencias o técnica en el sentido de aplicación de estas últimas, sino *cómo* pueden enseñarse tantas cosas en los pocos años que el hombre tiene para aprender.

Las Universidades se debaten así, hoy, entre tendencias dispares; entre aquellas que querrían poner especial énfasis en las disciplinas clásicas, para formar hombres cultos e integrales, base indudable de toda formación especializada posterior; aquellas que querrían lograr un equilibrio entre disciplinas humanas y disciplinas científicas, y aquellas otras que creen posible mantener y respetar aquellos valores, proyectando al mismo tiempo sus intereses hacia los aspectos prácticos.

En Alemania, en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, se discuten y ensayan diversas modalidades con suerte varia, que no permite sacar conclusiones de validez permanente; mientras en nuestra América, y particularmente en nuestro país, las circunstancias y la ausencia de organismos que tomen la enseñanza en los nuevos niveles, obligan a la Universidad a incorpo-

rar funciones educativas que quedan fuera de los límites más amplios aceptables.

Creemos, por eso, que una reforma de los estudios deberá considerar la posibilidad de aliviar a la Universidad de estas estructuras ajenas a sus preocupaciones directas, y delimitar su papel a lo que, por desarrollo, por concepto y por tradición, le corresponde básicamente.

Estoy de acuerdo con don Félix Martínez cuando dice: "La Universidad ha de ser el ambiente modelo al cual se asome la nación en busca de norma y tono de conducta; y en el cual sea posible conservar y repartir la tradición humanística, la imagen del hombre que puede dignificar la vida de cada uno y cada día".

"Al acoger en su seno actividades ajenas a su empresa específica, y al perderse el patrón que escinde lo universitario de lo que no lo es, la Universidad ha deshecho la frontera que debe separarla de la vida corriente y de las demás instituciones; ha sido penetrada y saturada por la mentalidad general, se ha alienado en el ambiente."

Y más adelante: "Creer que la Universidad debe a la sociedad la adhesión simple de aceptar sus fuerzas dadas, es malentender desde la raíz los deberes que definen y justifican tal institución. Lejos de seguir los pasos de la vida concreta, la Universidad ha de dar la espalda a ésta y mostrar, ella, el camino. En este gesto higiénico ha de ser necesariamente impopular y debe preferir el respeto a la simpatía". (Anales de la Universidad de Chile, tercer trimestre de 1960. "La misión humanística y social de nuestra Universidad").

No significa esto que se pretenda encerrar a la Universidad en su torre de marfil y aislarla del mundo, de sus luchas, de sus problemas y de sus preocupaciones. Mal podría sugerir actitud tan egoísta quien piensa que el hombre es el centro y medida de todas las cosas; que es en proyección humana que debe levantarse la Universidad. Es que, como dice Robert Hutchins: "La Universidad se funda en el supuesto de que, en alguna parte del Estado, debe existir una organización cuyo propósito sea meditar profundamente sobre los problemas intelectuales más importantes".

Dentro de la escala de valores culturales (incluyendo en ellos las ciencias), las Universidades tienen su dominio en el tercio superior. Por eso, en el aspecto docente, son carreras de rango universitario únicamente aquellas en que predomina un componente intelectual de alto nivel. Aquellas que "implican determi-

nada medida de espíritu humanístico, pues el espíritu de la ciencia es inherente a él”, como dice el autor antes citado.

Abrumar a la Universidad con preocupaciones docentes de nivel más bajo —aun de nivel intermedio— es sacarla de su natural habitat y despeñarla hacia un practicismo o un profesionalismo esterilizante. Como dicen Karl Jaspers y Kurt Rossmann (“La idea de la Universidad”, desarrollada para la situación presente de las Universidades alemanas): “La Universidad se encuentra en la encrucijada. O reactualiza la idea del conocimiento de la verdad y la iniciativa espiritual que de ella deriva, en todos sentidos, o pierde su fuerza, degenerando en un aparato formador de profesionales.”

Y más adelante: “Para la Universidad, lo decisivo es fundamentar su propia existencia y prestigiar su tarea, buscando la verdad por los caminos de la ciencia”. Y estos caminos son el estudio, la discusión y la investigación.

“La Universidad no es una Iglesia, un culto esotérico o un templo en donde se vaya a oír la palabra de los augures. Si su finalidad es desarrollar en el hombre todas sus posibilidades y aptitudes; llevarlas a su máxima expresión individual; enseñar al estudiante a remitirse en toda decisión, actuación o creencia, a sí mismo, a su propia responsabilidad; a que, a través del conocimiento, conozca a los hombres, se conozca a sí mismo y adquiera clara conciencia de su significación”. (Jaspers L. C.).

Resulta, en verdad, difícil conciliar estos conceptos e ideas con ciertas tendencias prevalentes en algunos medios chilenos que, equivocadamente, querrían colocar a la Universidad *en* la vida práctica y utilitaria, orientándola hacia la formación de técnicos que exploten nuestra riqueza y utilizando su capacidad para el estudio y fomento de nuestro desarrollo económico.

Ya lo dijo Bacon: “En las ciencias hay que tomar por modelo la sabiduría divina. En una palabra, hay que concretarse primero a las experiencias luminosas, no a las frutuosas, sabiendo por otra parte que, una vez establecidas, las leyes acarrearán tras sí multitudes y como ejércitos de nuevas aplicaciones”.

Y cabe preguntarse: ¿Es en realidad la única, la mejor solución al desafío del momento que estamos viviendo, sacrificar a la Universidad, arrancándola de sus fines elevados y específicos y comprometiendo la formación y la calidad de quienes deben ser luz, guía y exponente de nuestra cultura?

Cosa semejante debo agregar, como último capítulo de este ya largo discurso, en lo que respecta a la investigación científica,

planta débil, que todavía no arraiga bien en nuestro suelo, pero que es complemento indispensable de la formación y de la docencia científica.

Nuestra "investigación" es, por razones largas de analizar, predominantemente imitativa y práctica. Confundidos por lo que creemos ver en países más adelantados, y sin advertir diferencias y perspectivas, pretendemos agravar las cosas, supervalorando la investigación orientada hacia un progreso que necesitaría previamente de otras condiciones, y encargándola a la Universidad. Error que puede servir, indudablemente, los intereses de la industria o del comercio, pero que, de no corregirse oportunamente, puede significar la prostitución de nuestra Universidad.

Tres tipos hay, por lo menos, de investigación científica y cada uno tiene un nivel, que no es exclusivo, pero cuyos límites no se deben sobrepasar.

La investigación básica, orientada hacia el conocimiento fundamental sin sentido utilitario inmediato. Esta es, por lo general, el patrimonio, no exclusivo pero propio, de las Universidades.

La investigación realizada con fines de desarrollo y de investigación de la riqueza; es, por lo general, de la responsabilidad del Estado a través de organismos creados para el objeto.

La investigación industrial, orientada a la producción o al perfeccionamiento de la técnica, que es de responsabilidad de las industrias y de las empresas.

Nada más lejos de mi ánimo que pretender aislar a la Universidad de su medio, vuelvo a repetir. Nada más ajeno a mis intenciones que pretender que la Universidad no aporte su esfuerzo al desarrollo económico y a la formación de algunos profesionales y técnicos de alto nivel; que no ponga sus conocimientos, sus hombres, su experiencia y sus medios al servicio de la investigación de nuestras riquezas.

Pero, ¡ay!, ¿quién señala el punto exacto en que estas concesiones a la necesidad práctica deben detenerse? ¿Quién puede decir en qué momento la vida misma de la Universidad y su frescura empiezan a marchitarse, faltos de la luz de las alturas?

*
* *
*

He puesto, señores, como tema central de este discurso mi propia alarma por el estado de nuestra educación y la necesidad que tenemos los chilenos de afrontar el problema con ánimo resuelto,

para que no se diga que no supimos ver el futuro; para que no se nos culpe de negligencia o de comodidad; para que las generaciones que, como avalancha incontenible vemos venir cada día más numerosas y más ambiciosas, no nos digan que fuimos indignos de las oportunidades que tuvimos en nuestras manos.

Por razones obvias me he detenido en forma especial a analizar el contenido de la Universidad, su papel y los peligros que corre si una reforma global de la educación chilena no la alivia de las presiones y desviaciones que hoy soporta.

No es una reforma universitaria para formar profesionales o técnicos lo que el país necesita. Lo que Chile precisa con urgencia es una reforma de *todo* su sistema educacional, que asegure a cada chileno las oportunidades para gozar plenamente de la vida civilizada en comunidad, tal como la ofrecen los tiempos que vivimos, de acuerdo con sus gustos, de acuerdo con su capacidad, de acuerdo con sus inclinaciones y con sus oportunidades, y sin limitaciones injustas, irritantes, absurdas. Esta reforma global permitirá introducir en la secuencia educacional elementos o etapas nuevos y nuevas oportunidades, que de inmediato aliviarán a la Universidad y le permitirán reorientarse y reformarse para cumplir sus fines específicos.

*
* *
*

La Universidad moderna sigue siendo, como siempre fue, una asociación fraterna de estudiosos; unos, más viejos, con mayor experiencia y conocimientos que enseñan con la acción, la palabra y el ejemplo; otros, más jóvenes, que aprenden el mensaje de cultura, de ciencias o de arte que aquellos les transmiten. El prestigio de una Universidad depende del trabajo mancomunado de estos dos grupos de hombres: de que los primeros sepan ser sabios, generosos, justos y humanos; de que los segundos tengan capacidad, disciplina, curiosidad e inquietud.

Somos, señores profesores, señores estudiantes, responsables solidarios del prestigio de este Instituto, cuyos 43 años de vida celebramos en este acto; obreros todos, esforzados del mismo ideal, del ideal de transmitir e incrementar la cultura, de formar hombres, de que cada generación sepa más, sea mejor, sea más libre y más feliz que la que la precedió.

Nunca como hoy el mundo ha necesitado más hombres humanos, si se me permite la expresión. Jamás el progreso científico y

técnico había dado al hombre más poder y más amplios horizontes para su bien o para su mal. Y, sin embargo, nos debatimos, se debate la humanidad, en la más tremenda de las confusiones. El progreso, la sabiduría, que le ofrece posibilidades ilimitadas, ha destruido su fe en los valores tradicionales y no le ha dado, en cambio, otros que los reemplacen y que le ayuden a encontrar su ruta.

Las Universidades deben ser islas de serenidad en este mar de confusiones; viviendo la vida de la sociedad y sintiendo su palpitante, deben estudiar sus problemas y afrontarlos, sin que la conturben las pasiones y los asuntos menudos de la hora presente. Sólo así podrán ayudar al hombre a encontrar el camino perdido, a encontrarse a sí mismo. El cultivo de las letras y de las ciencias, el pensar filosófico, la investigación, las altas lucubraciones del espíritu, son las herramientas para lograrlo.

He ahí el problema de nuestro tiempo, el reto de nuestra época. La humanidad debe enfrentar este reto; ayudarle es nuestro trabajo como universitarios, y a él debemos dedicarnos con fe, con abnegación, con desprendimiento y con confianza. Aunque estemos lejos y seamos pequeños, nuestro grano de arena ayudará a que la humanidad de mañana sea sana, culta, libre y democrática.

En este día aniversario y en esta ocasión solemne, meditemos sobre estos hechos y sobre la responsabilidad que pesa sobre nosotros, y hagámonos el propósito de colocarnos a la altura de nuestro tiempo.